

Los amigos del señor tesorero.

Roco antes de las dos de la mañana un hombre tocaba con el pomo de su puñal el porton de la casa de Estrada. A los primeros golpes se abrió el postiguillo, y una voz aguardentosa dijo al recién llegado:

—¿Sois vos?

—Sí; abrid.

Dejóse oír una batahola de trancas, la pesada puerta giró sin hacer el menor ruido, y volvió á cerrarse tras el caballero que adelantó con rapidez en dirección de la escalera. Subió, atravesó casi á tientas un dilatado corredor en cuyo fondo había una puerta, que cedió al solo peso de la mano.

Apareció una pieza de paredes azules brillantes, y amueblada con un lujo muy superior al que era de esperarse en aquellos tiempos. Con la mano en la frente y abismado sobre un libro manuscrito, estaba un anciano, que al sentir por la espalda la bocanada de aire frío que se coló por la mampara abierta, volvió el rostro y exclamó con cólera:

—¡Y dale! con cien mil legiones de diablos!.....

—¡Con mil truenos! —murmuró el otro;— tenemos compañía! maldito viejo!.... tampoco esta noche la veré. ¡Vive Cristo!.....

Y despues añadió en voz alta y serena:

—Sosegaos, amigo mio, es la primera vez que os molesto.....

—¡Hola, capitán! ¿sois vos? entrad en buena hora. Perdonad!.... como no bajan de doscientas las veces que este bergante ha pasado esta noche..... ¿Qué tenemos de nuevo?..... ea! sentáos. Aquí teneis un canapé mas blando que las nubes, donde podeis esperar dos siglos sin que os pese.....

El capitán se descubrió y fué á tomar el puesto que el anciano le designaba.

La luz de los velones de cera que ardian en palmatorias de oro sobre la mesa, dió de lleno sobre aquel personaje.

Era un gentil mancebo soberanamente simpático. Su frente algo pálida, elevada y luminosa, contrastaba con la negra cabellera que caía en anchos rizos cubriendo la oreja y derramándose por los hombros. En el fondo de sus ojos brillaba un no sé qué de dulce y sombrío á la vez, abierto y profundo, fascinador y terrible. La nariz era perfecta, y debajo del bigote que sombreaba los labios, se veía cierta sonrisa triste como la de Harold; y amable, y al mismo tiempo varonil y audaz como la de Tenorio.

Las calzas rojas, los boreguíes de ante, ajustados con cordones de plata, el gambaj de finas y relucientes mallas, ceñido por un talabarte de medallones de acero, de donde pendía la espada con puño de piedras preciosas, y, en fin, un ferreruelo de color oscuro, que echado sobre la espalda

recogía la luz sobre aquel conjunto, daba realce á la figura del capitán Francisco de Medina.

El anciano empuñó los dos brazos de su sitial, y se deslizó sentado hasta poner sus rodillas casi unidas con las del capitán.

—Y bien, caballero,—dijo entonces;—no será malo que empleemos estos momentos en cosas que nos atañen personalmente. Os necesito yo también.

Medina miró al anciano con cierta extrañeza.

—Os necesito, sí..... necesito un hombre de cabeza firme, de puños de hierro, valiente y hermoso como vos, como vos casi desconocido en el país, cubierto de gloria, y extraño á los manejos de esta canalla. ¿Quereis servirme?.....

—Hablad,—replicó Medina tomando hasta entonces interés en las palabras que le dirigian.

—¿Podré fiarme de vos con entera confianza?

—¡Caballero!..... Haced lo que os plazca; pero no comenceis ofendiéndome..... ¿os obligo acaso á que me confieis vuestros secretos?.....

—Perdonad!..... pero es tan grave lo que voy á decir..... estoy tan acostumbrado á no ver mas que traiciones en todo lo que me rodea, y he visto tantas veces asomar la perfidia bajo rostros casi tan nobles como el vuestro, que.....

—Diablo! ¿pretendeis desesperarme? quién me conoce mejor que vos, Zárate? á quién, como á nosotros, une un lazo mas estrecho, y qué amistad está garantizada con los secretos que mutuamente nos guardamos, y los favores que he recibido por vuestra influencia?

—Esperad,—dijo Zárate abandonando su asiento;—

dejadme explorar las avenidas, y os diré cómo andan los negocios.

Acercóse entonces á una puerta que habia sobre el costado del aposento, la abrió un poco, y sin soltar la perilla del marco, metió la cabeza y registró con la mirada y el oído la sombra de la pieza inmediata. Algun murmullo; el tronar de un mueble; un eco producido por la misma puerta al moverla; el roce de los cabellos en el marco; tal vez las palpitaciones de su corazón, parecieron á Zárate los pasos de una persona, y no seguro de que aquel ruido fuera imaginario, quiso registrar y penetró en el aposento. La manpara se cerró de golpe.

Medina se volvió con ademán irritado hácia el punto por donde Zárate habia desaparecido, y dando en el suelo un fuerte golpe con el pié, lanzó varias y tremendas imprecaciones. Despues prosiguió:

—¡Menguados quedamos! perder estos momentos tan preciosos por este viejo testarudo que no dejaria de revolver papeles, aunque estuviera en los infiernos!..... Diablo de bestia!..... andar en vela espiondo cuatro noches la ausencia de ese otro caribe, y venir y exponerse á un mandoble..... ¡vive Cristo! y exponerse á no volver á topar una ocasion como esta!..... y luego..... ¿qué será este misterio? ni qué me importan á mí todos los negocios del universo, mientras no se arreglen los míos? Vaya! vaya!...

A este tiempo apareció en la puerta del corredor un hombre de bigotes canos, con rostro socarron, y con un vestido viejo á la flamenca.—Era Zapata.

—Señor!.....—dijo con voz tímida.

El capitán volvió la vista, y una cólera indecible crispó sus facciones.

—Solemne bergante!—gritó,—si es que puede gritarse en voz baja. Y adelantando con paso rápido hacía el pobre diablo, que sentia le temblaban las piernas, le asió por una oreja, retorciéndola como una clavija. Zapata, parado sobre la punta de los piés, y mas derecho que una pica, cerraba los ojos al dolor, y torcia su boca hasta querer morder la mano que le torturaba.

—Señor,—decia el infeliz;—reparad en que me vais á desnudar el casco..... ¡Por Santiago!..... si me escucha vuesa merced, verá que me asisten mil razones..... Esperad!..... esperad!..... voto á..... oidme siquiera.

—Y cómo no te estrangulo, bribon, fementido..... Por qué no me dijiste que D^a Luz no estaba sola?.....

—Pero suelte vuesa merced..... señor.....

—¿No hablas?

—Os lo diré todo, señor..... pero.....

—Vamos, canalla,—dijo Medina soltando al fin la oreja, que conservó, como si fuese de goma, las horribles inflexiones que le imprimieran sus acerados dedos.—Habla.

—Pues señor..... pero ay!—exclamó Zapata interrumpiéndose con un suspiro;—¡sois malo, á fé mia, con vuestros servidores! recibirme como no lo hubierais hecho con el último de vuestros lebreles; ¿y todo, por qué?..... por un olvido, por una de esas equivocaciones que todo hijo de cristiano está expuesto á cometer sin..... Up!.... up!.... por el rabo de mi suegra!.... señor!

Medina, sin pronunciar una palabra se habia vuelto á apoderar de la infeliz y maltratada oreja de Zapata.

—Hablarás por fin?

—Con toda el alma, señor..... pero soltad, ó por la Virgen, tomáos de la otra....!

Medina soltó.

—Pues señor, como iba yo diciendo, mi señora D^a Luz me dijo que esta noche..... ¡Dios mio! siento que se me escapan las tripas por el oido.....

—Adelante!

—Mi señor Estrada, su esposo.....

—Adelante!

—Tuvo que salir.....

—Adelante!!

—Y yo.....

—Adelante!!!

Zapata miró al capitán Francisco de Medina, como se mira á un animal raro, y exclamó con naturalidad.

—¡Por vida mia, señor! pues cómo quereis que hable?

Medina conoció su imprudencia y animó á Zapata con una mirada menos fiera que las que habia despedido hasta entonces.

—Vamos, despáchate,—le dijo.

—Decia yo,—continuó Zapata medianamente restablecido,—que mi Sr. Zárate fué el que me encargó que viniérais, y no mi señora D^a Luz.—Os dije: «os esperan esta noche;» pero ¡qué diablo! sois tan violento, que sin oír mas explicaciones os marchásteis, dejándome con la palabra en la boca.....

—¿Y hoy, al entrar, por qué no me observaste?.....

—Porque era natural.....

—Chiton!

Aquí fueron interrumpidos por la vuelta de Zárate, que apareció, mas pálido que los difuntos.

—¿Habeis concluido ya?—le preguntó Medina.

—Sí,—repitió profundamente Zárate;—¿y vos?

—Tambien,—repuso el capitán dirigiéndose al estrado, y despidiendo con un ademán á Zapata.

—El diablo me proteje,—dijo este,—y dando un salto de alegría, se alejó por el corredor, descendió las escaleras en dos trancos, y llegó al zaguan, donde un caballero le esperaba.

—¿Qué hubo?—preguntó este con marcada impaciencia.

—Por hoy, nada,—replicó Zapata.

—¡Cuerno!..... llevamos quince días de lo mismo.

—Tened paciencia; os he prometido que la vereis, y la vereis aunque se opongan todas las lanzas de Castilla. Tal vez mañana.....

—Mañana!..... mañana y siempre mañana! Impetus me dan de emprender un asalto.

—Cuidado!

—Mataría yo á Estrada de una vez..... Ah!..... pero es un amigo..... y.....

—Tanto, que quereis partir el tálamo.....

—¿Qué quieres? ¿á quién no trastorna D^a Luz?..... quién la resiste? Ah! y me aborrece tal vez!..... ingrata.....

—Quiá! yo la conozco á fondo, y me atrevo á aseguráros que sereis feliz con un poco de constancia.

—Dios lo quiera,—murmuró el caballero dirigiéndose al porton;—yo trocaría mi fortuna y mi juventud, y aun daría mi sangre por una sola de sus caricias..... Ah! y de que pienso en ese maldito capitán..... canario!..... ya lo veremos!..... ya lo veremos!..... no quiero hablar de esto..... que pases feliz noche.

—Dios os guíe, Don Andrés..... Ah! dispensad!..... no se os ofrece nada?.....

—Voto va! me olvidaba,—dijo el caballero sacando un

brazo de la muceta, y alargando á Zapata un puño de ducados;—ahí tienes mientras..... adios!

—Él os bendiga, Señor Tapia.

Cuando el llamado Tapia se hubo retirado, Zapata, sin cerrar el porton, corrió á una pieza, que era sin duda la portería. Encendió luz, y levantando la cortina de una puertecilla que habia en el fondo,

—Podeis salir, señor,—dijo.

Y un nuevo caballero, perfectamente arrebujaado en su capa, y oculto el rostro por las anchas alas del sombrero, se destacó de aquella puerta, cruzó con rapidez delante de Zapata, y salió por el zaguan con la mayor cautela.

—Id con Dios, Sr. Chirinos,—dijo Zapata cuando se vió solo;—puso despues su farolillo en el umbral de la puerta, y fué á tenderse en su camastro murmurando palabras ininteligibles.